

Exhibición patrimonial en tres actos. Apuntes y recorridos por el proyecto Punctum Ludis. Secuencias de una vida”. Un proyecto de Ignacio Bosch comisariado por el Equipo Coma, Son Tugores (Alaró, Mallorca), 2018.

“Probablemente desde la posición desde la que algunos de la tribu miran se puede ver todo lo que llega hasta el horizonte, menos a uno mismo. Es el grupo el que observa estas cosas, verse a uno es algo que habitualmente genera desasosiego y ganas de marcharse, quizá por eso mucha gente aquí, también los jóvenes, sigue prefiriendo mirarse en el pasado y pasa de largo por los espejos y los libros”.

Remedios Zafra
“Los que miran”, 2016

Hace poco estuve cenando en casa de Ignacio Bosch. Hacía tiempo que él, Carmen -su pareja- y yo buscábamos ese momento. No era la primera vez que visitaba su hogar, pero sí la primera que me quedaba a cenar. Una ensalada con gulas y un salmón Wellington acompañaron una velada en la que, además de literatura y de relaciones humanas, hablamos de casas. De esa y de la posibilidad de estar en otras. Hablamos de lo que son y de lo que pueden dejar de ser. En los entreactos de la charla, Aleix y Ariadna salían a escena a entretenernos. Secuencias de una vida.

Lleno de símbolos y metáforas, *Punctum Ludis (PL)* es un proyecto artístico sobre un periplo vital. El de Ignacio Bosch: hombre, artista, docente, hijo, marido y padre de gemelos (no sabría en qué orden situar cada una de estas facetas). En ese recorrido, Ignacio se encuentra en un momento de grandes transparencias. Hacia sí mismo y hacia los que, afortunadamente, nos sentimos cerca de él. Se trata de un crecimiento personal y profesional en el que tomar decisiones. De resetear quiénes somos y de lo que somos capaces de dar. Un camino profesional que empezó a materializarse el año pasado con el proyecto MUCU (CEART, Fuenlabrada). Un paso importante en la obra de Bosch en el que constató sus grandes habilidades para con lo representacional y se descubrió en la puesta en escena espacial -presencial y virtual- de sus proyectos. Aproximarse a *PL* no solo supone un ejercicio crítico -nunca objetivo-, sino una suerte de análisis procesual y constructivo que le sitúa a uno en un lugar extraordinario.

Prólogo o prefacio, según se mire

Tres estadios (la herencia, el juego, el rito) han servido a los tres componentes del colectivo Coma para afrontar un proyecto curatorial con muchos hilos invisibles. Todo un material con el que jugar barajando experiencias personales desde el ceremonial que nos permite lo cotidiano. El folklore familiar que cada uno de nosotros lleva en su propia mochila, sin dejar de tener presente todo el bagaje transcultural del momento. Como artista visual, y sin que ello se convierta únicamente en un ejercicio terapéutico, Ignacio Bosch siente que tiene que armar todo ello, planteándose cómo ordenar y reajustar esas dos líneas fundamentales que son lo personal y lo profesional. Un ejercicio de arquitectura vital que le capacita para visionar cenitalmente recorridos personales distintos con necesarios encuentros y desencuentros. Un mapa doméstico de movilidad sostenible. De ahí que el resultado escénico de *PL* sea el de un recorrido lineal por varios estadios de la vida del artista como si de una visita guiada a su propia casa se tratara. Pero -como apunta Oscar Manrique-, *¿qué es lo que necesitamos para llamar a un lugar “nuestro hogar”?*. La idea de hogar está vinculada a la familia, al

confort, al nido que uno con los suyos va haciendo y personalizando para morar. No todas las casas acaban siendo hogares, aunque sí la mayor parte de ellas acaban siendo testigos de nuestras experiencias vitales, de cambios en los que tomar decisiones. Cambiar de casa, por ejemplo, supone un movimiento importante en términos vitales. Como latinos que somos, proyectamos mucho en nuestros espacios interiores. Los tratamos -y son- escaparates de lo que somos, de lo que queremos ser y de lo que queremos que los demás vean de nosotros. Sobre todo, si vivimos solos o en pareja. Con los años, el material objetual acumulado, la temperatura media de la casa, la cantidad de luz, la estética, las costumbres, el orden de las cosas, los silencios, los tiempos, las maneras de hacer... acaba siendo algo que se hereda formando parte de la identidad doméstica. La nuestra y la que llevamos a nuestras espaldas. Siempre se hizo así. Siempre estuvo ahí. Y uno lo adquiere y aprende a convivir con ello. Ese “legado inmaterial” al que se refería el texto de sala con el que uno debe manejarse a no ser que se produzca un quiebro. Un desprendimiento de una parte de esa estructura que ponga en evidencia esos artilugios familiares. De ahí que el diaporama expositivo de *PL* se haya articulado entorno a un recorrido que empieza con un bodegón. Un género clásico de interior doméstico. Un lienzo que representa la realidad pintada. Una mesa de madera con un cuchillo, una sobrasada empezada sobre una tabla, y un plato vacío y una servilleta a sus respectivos lados. Y mucho espacio entre ellos. Un lugar vacío en el que se congela la acción solitaria de comer o preparar(se) la comida. Una acción interrumpida, espeluznantemente limpia y fría. La ausencia de protagonistas sugiere una contra-acción paralela. Un silencio incómodo como el que provocó el artista en la publicación del proyecto al insertar un post-it amarillo en el que dos palabras a carboncillo y medio borradas se solapan íntimas, temerosas y valientes a la vez: SIERRA/SORRY. Su apellido paterno (ausente en su firma) y una disculpa. En sala, y junto al lienzo, unos dibujos ordenados verticalmente desglosan -ahora sí- una acción: golpear la mesa con la mano plana. Un golpe seco e inesperado de quien se auto-otorga el derecho a provocar un silencio inmediato que ilustre su autoridad. Un golpe que muchos y muchas (impotentes) hemos querido dar en alguna que otra ocasión pero que nunca nos hemos atrevido a hacerlo por miedo a cuestionar el respeto a quien se supone que está por encima. Miedo. Un golpe ralentizado que vemos venir y que hemos presenciado varias veces. Un cuchillo. Mientras tanto, Ignacio Bosch deposita con sumo cuidado una de sus manos y las de sus hijos sobre un escáner. Una herencia.

Sin duda, presentar juntas esas dos piezas como vestíbulo al recorrido de *PL* supuso una bienvenida dura y honesta a lo que venía a continuación. La gran ventana ciega que da al patio interior del Casal Son Tugores dio visibilidad a otro encuentro familiar vinculado a la tradición mallorquina: las matanzas. Un esperado y extraordinario ritual en el que un cerdo es sacrificado para proveer de alimentos a todo un clan familiar durante el invierno. Una tradición que aun pervive y que Bosch escenifica con un gran lienzo monocromático en el que se pueden ver todas y cada una de las acciones en las que cada miembro de la familia se ve implicado, pero sin ninguno de ellos. Otro gran momento congelado y desnudo de protagonistas en el que el artista hace hincapié en la acción, los objetos y la puesta en escena de ese ceremonial tan estructurado. El lienzo se apoya en el muro de pared seca del patio, mientras en un audio se funden solapados los gritos del animal con las conversaciones familiares junto a la hoguera. Se trata del *tableau vivant* de un hogar que -como apunta Pedro Trujillo- se traduce como nuestra circunstancia, por lo que de alguna manera queda implícita la conversión hacia lo ritual, ya que se convierte en lo más relevante, sagrado y, por antonomasia, nos lleva a hacer venerable algo a lo que nosotros mismos no dábamos importancia: la cotidianidad”.

Cerdos, lobos y caballos

“Había una vez tres cerditos que eran hermanos y vivían en lo más profundo del bosque. Siempre habían vivido felices y sin preocupaciones en aquel lugar, pero ahora se encontraban temerosos de un lobo que merodeaba la zona”. Así empieza el popular

y edificante cuento, y así podría resumirse la segunda parte de este “álbum familiar”. Todos sabemos cómo cada uno de esos hermanos desafió y burló al lobo autoritario y feroz a su manera y, como en toda fábula, cómo este y cada uno de los cerdos representan caracteres y perfiles de personas. Lo que quizá podría ponerse en duda es su final. El lobo es el aprovechado y el malo pero los tiernos y rechonchos cerdos serán sacrificados y devorados por los humanos a pesar de todo. Cosas de la naturaleza (humana) o el peso de cierta tradición que nos resistimos a cuestionar. Así lo ilustró literalmente Ignacio Bosch en un video exhibido en un púlpito con su propia versión del cuento, y así se escenificó dramáticamente despedazando (él y el equipo Coma al completo) una de sus piezas de madera por la sala. Pedazos de casa. Sin duda, un gesto liberador y psicomágico. Mientras el tradicional cuento castiga a los cerditos que ceden a la pereza y a la gula, dando a la vez una visión del ocio como algo que crea inseguridad y no es productivo para la sociedad, la versión de Bosch acusa todo ello prescindiendo del lobo al presentar el cometido de los cerditos en sus respectivos procesos de emancipación. Los dos primeros cerditos son comidos por el lobo casi como un lógico castigo a no hacer las cosas como se supone que hay que hacerlas. Y la matanza del lobo por parte del tercero -sin dejar de provocar cierta satisfacción por parte del lector- se justifica como algo vengativo, necesario e inevitable para sobrevivir. Es ese perverso equilibrio natural del que hablan los documentales de televisión. Aunque siempre hay una línea roja, un muro infranqueable. El mismo que confunde y provoca la toma de decisiones que Ignacio Bosch ya trabajó metafóricamente en MUCU. Reales o imaginarios, se trata de muros representados con alta iconicidad, como los del tercer cerdito. Esos muros que se interponen entre lo que uno quiere hacer y lo que se supone que no debe hacer, entre lo que uno no hace y lo que le gustaría y necesita hacer.

Destruir para reconstruir. Borrar para reescribir lo sucedido desde la consciencia de lo que uno es y desea en el camino que nos depara la vida. De ahí que el recorrido de *PL* prosiguiera en una instalación situada a un nivel superior, en el antiguo aljibe del espacio. Ahí, a oscuras, podía verse un monitor que reproducía tridimensionalmente la casa actual de Ignacio Bosch y la casa en la que vivió con sus padres. Datadas con las fechas de su paso por ellas, se daba al espectador la posibilidad de introducirse virtualmente en una de las dos viviendas en las que el artista ha vivido. Un juego en el que Ignacio Bosch permite visionar sus viviendas como si estas estuvieran disponibles o en venta. Espacios de uso y desuso. Casas de todos y casas de nadie. Y es que dibujar es construir. Imaginar otras posibilidades a lo que ya existe para tener otras perspectivas de la realidad y poder avanzar. Fue mamá cerdita quien aconsejó a sus hijos emanciparse y construir sus propias casas, mientras que el padre no se pronunció al respecto. Las páginas de sus respectivas vidas están aun en blanco, a pesar de que fueron escritas por alguien en alguna otra ocasión.

En su faceta de *bricoleur*, el artista necesita visualizar cada uno de sus espacios aunque, facilitando a veces su visibilidad, no siempre los muestre (en MUCU, Ignacio Bosch reprodujo a escala una precisa maqueta del espacio expositivo y todo lo que para este había previsto que nunca se exhibió). Independientemente de quien sea el lobo, al final cada cerdito construye y reconstruye su casa a su manera y como puede. Algo que cada uno de los tres componentes del equipo Coma tuvo claro desde el principio. Pedro Trujillo, Coral Nieto y Oscar Manrique acompañaron a Ignacio Bosch en el complejo y valiente vuelco de su legado. El recibido y el que va a proporcionar. Una herencia que va mucho más allá de lo material y que pasa por una deconstrucción familiar que le ha permitido hablar desde el despojo y la levedad. La misma que le permitió celebrar la inauguración del proyecto con una mesa en el centro expositivo con vino y comida. Esa comida que ofrece a sus amigos, a sus hijos y comparte con su pareja, y la misma alrededor de la cual se ha reunido tantas veces con su familia como hijo. Fotografías.

Epílogo

Tuve la suerte de compartir el montaje del proyecto junto al equipo Coma y el propio artista. En la construcción del mismo, lo escenográfico tuvo un papel muy importante y las preguntas fueron constantes. Mientras Ignacio Bosch teatralizaba sin excesos sus temores y recurría a la ficción sin intentar abandonar demasiado la realidad, todos nos sentimos lobos y cerditos. ¿Cómo controlar la “exposición” de uno mismo sin perder de vista al otro, el espacio, el contexto? En una de las paredes expositivas asoma la piedra original del lugar antes de que eso tuviera aspecto alguno de morada (otro muro, esta vez real y visible). Justo ahí, Ignacio Bosch decidió proyectar el gif de una fisura que aparece y desaparece constantemente. Una herida abierta. Un gesto ambivalente, corrosivo y esperanzador a partes iguales. Una sutil fractura que podría significar el reinicio de todo, unos nuevos cimientos tras esa necesaria *tabula rasa*. Junto a ella, un juego digital aparentemente absurdo que carece de instrucciones y en el que no se obtienen puntos permite la interacción del espectador (en las relaciones presenciales no deberían existir instrucciones, aunque tampoco normas que impidan que las cosas fluyan. Solo líneas rojas para que el respeto cabalgue horizontalmente). Un caballo aparece expectante corriendo y relinchando por entre muchos parajes, dispuesto a ir a donde sea. Un caballo que, sintiéndose libre y dispuesto, no acaba de ser plenamente autónomo. Un caballo dócil y resignado que depende de nuestras órdenes para cabalgar a pelo hacia el horizonte. Su movilidad es opcional y reducida, y así lo indican unas flechas informativas dibujadas sobre papel. Grandes y claras. Una señalización que nos lleva al final de un recorrido en el que el espectador podría seguir armando y desmontando historias (explosionándolas a su antojo para después ser deconstruidas) o -como apunta Coral Nieto en el catálogo- “explorar de manera activa el vasto campo del juego que se dispone a transitar”. La brecha se convierte en luz y el caballo sin jinete se pierde en el infinito.

Jordi Pallarès
Investigador independiente, Palma de Mallorca
jordipallaresolive@gmail.com